

canos. Algunos franceses, expulsados del territorio del imperio, hacian publicaciones de partido, miéntras que individuos de otras naciones compraban halajas tomadas de los templos y bienes arrebatados á las iglesias. La conducta de todos estos es por muchos conceptos injustificable, y las consecuencias que podria producir no deberán achacarlas sino á ellos mismos.



CAPÍTULO XXXII

¿Cuál era miéntras tanto el pensamiento de la nacion? — Paso noble y cristiano del gobierno provisorio. — Influencia clerical. — La reaccion no puede procurarse sino por la fe. — Debe principiarse por el clero. — Actividad y ciencia. — Educacion. — Seminarios. — Ideas católicas. — Enseñanza de la juventud. — Misiones.

¿Cuál era miéntras tanto el pensamiento de la nacion? es la pregunta que naturalmente ocurre leyendo esa serie de sucesos los mas contrarios á la razon, á la justicia y á la fe cristiana. ¿Ese pueblo que tantas y tan esclarecidas pruebas tiene dadas de adhesion y de respeto á la fe que ha recibido como herencia de sus mayores, miraba acaso con indiferencia los ultrajes que se cometian contra sus principios sacrosantos? Ciertamente no. Miéntras que el congreso y el poder ejecutivo se disputaban la triste preferencia de dar nuevos golpes á la Iglesia, á su culto y á sus ministros, los pueblos hacian la mas enérgica protesta contra todos esos actos abusivos de los que se decian sus representantes. A excepcion de aquellos á quienes individualmente importaba el desórden, porque les daba

riqueza, influjo y autoridad, todos los demas ciudadanos pedian á voces un cambio en el personal de la administracion del Estado y la revocatoria solemne de todas aquellas ilegalidades. Aquel llegó á realizarse, y entonces ocupando la opinion pública el puesto que le corresponde en toda nacion organizada bajo el sistema republicano, anuló las leyes hostiles á la Iglesia, la devolvió sus propiedades usurpadas y la satisfizo públicamente de los agravios recibidos. Cuando el gobierno provisorio, haciéndose órgano de la expresion nacional, daba en nombre de todos la reparacion debida : « Los mejicanos, decia al Sumo Pontífice, los mejicanos que en todos tiempos, bajo todos sus sistemas y formas políticas, han considerado como el mas augusto y el primero de sus títulos el de su adhesion sincera á la silla apostólica, deseaban con ansia el establecimiento de un nuevo orden de cosas que hiciera olvidar los dias de persecucion y de amargura en que ha vivido la Iglesia mejicana, por uno de aquellos extravíos de la guerra civil, que no podia temerse en una nacion en que todas las clases buscan á competencia en la Iglesia católica el mas firme apoyo y la mejor esperanza de su felicidad. Las leyes y providencias dictadas contra la propiedad de la Iglesia, contra sus fueros é inmunidades y contra sus pastores y ministros, han debido persuadir á Vuestra Santidad que existe en Méjico un número considerable de hombres que han abandonado la fe de sus padres y que son enemigos de la Santa Sede. Puedo asegurar á Vuestra Santidad que la nacion toda le es tan adicta como es sincera su piedad; y que aquellas leyes y providencias son mas bien la

expresion del acoloramiento de alguno de los partidos políticos, que muchas veces invoca lo que no aprueba y que dista mucho de sus sentimientos y opiniones. En Méjico, santísimo Padre, no hay incrédulos ni impíos de corazon. Los decretos que el gobierno de la república acaba de publicar, aclamados con un júbilo y un entusiasmo verdaderamente nacional, manifestarán á Vuestra Santidad que mi primer cuidado ha sido restablecer en toda su integridad la buena armonia, y estrechar las relaciones entre la Iglesia y el gobierno, que por una desgracia lamentable estaban interrumpidas. Vuestra Santidad verá en este acto solemne de reparacion el testimonio ménos equívoco de lo que exige en Méjico la conciencia pública. Los sentimientos por la sagrada persona de Vuestra Santidad de todo el pueblo de Méjico son hoy los mismos que tuvo durante su residencia en Gaeta (1). » Este documento, suscrito por el presidente de la república y su ministro de Estado, pone en claro los sentimientos de la nación mejicana y muestra cuál era en aquellas circunstancias la opinion de sus ciudadanos.

Este paso tan noble y tan cristiano del presidente Zuloaga y del ministro Cuevas cerca del Sumo Pontífice está en armonía perfecta con el otro que, en 1848, daba el presidente Bustamante, cuando escribiendo al Papa, fugitivo de Roma y refugiado en Gaeta, le decia : « Si en los decretos de la Providencia estuviera que uno de los sucesores del primer Pontífice cristiano hubiese de ilustrar con su

(1) Carta del presidente de Méjico á Su Santidad el Sumo Pontífice. 31 de Enero de 1858.

presencia las regiones del Nuevo Mundo, Vuestra Santidad, beatísimo Padre, encontraría en Méjico siete millones de hijos llenos de amor y veneración hácia su sagrada persona, y que tendrían á ventura recibir inmediatamente de sus manos la bendición paternal (1). » Estos hechos, repetidos y ejecutados por los jefes de la república para satisfacer los vivos deseos del pueblo, en armonía con los de su propia conciencia, hablan con mas fuerza que todas las frases empleadas por los que en Méjico se llaman liberales para cohonestar su conducta abusiva y despótica con relacion á la Iglesia y á su fe. Por mucho que se esfuerzen para demostrar que la nacion mejicana apoya á los enemigos del santuario, á los que tuvieron alguna vez sus manos con sangre sacerdotal y á los que despojaron los templos de los ricos ornamentos con que los decoraron la fe y la piedad de sus mayores, no consiguen con tanta fatiga sino conmover á los pueblos y estimularles á que alcen su voz para desmentirles con hechos infinitamente concluyentes. Ese gobierno que conculcó el santuario y entregó las cosas sagradas al vilipendio y á los ultrajes de unos pocos hombres que devastaron los pueblos con el pillaje ántes de saquear las iglesias con escándalo; ese gobierno que arrancaba de sus diócesis á los obispos porque oponían en su valor apostólico un muro de bronce á los desmanes del poder civil; ese gobierno que con estudio hacia sentir al clero de la manera mas dolorosa los efectos de su indignación, porque no apoyaba la persecución á la Iglesia;

(1) Carta al Sumo Pontífice Pio IX. P. M. impresa en *Il Orbe cattolico, a Pio IX.*

ese gobierno, en fin, descendió ignominiosamente del poder, depuesto por el voto de una nacion que es católica ántes que cualquiera otra cosa. Los que la engañaban con mentidos programas de grandeza, orden y felicidad social, los que la llamaban venturosa cuando la veían sumida en la miseria y divisaban el progreso en la ruina de las instituciones creadas para educar al pueblo, y los que la burlaban apellidándola feliz cuando se habían enriquecido con sus bienes, todos esos recibieron las vergonzosas marcas que imprimió la opinion pública sobre su frente. Méjico es católico á pesar de cuantos esfuerzos hicieron unidos las logias, los indiferentistas y los interesados en recoger los ricos despojos de las iglesias, para labrarse con ellos gran fortuna y posición brillante; es católico, repetimos, y el catolicismo posee fuerza incontrastable para destruir mas tarde ó mas temprano á cuantos pretenden humillar su fe. Bien podrán los políticos dictar leyes, dar decretos, aconsejar y tomar medidas *para destruir el influjo clerical*, como suelen llamar á la ejecución de los derechos mas legítimos de la Iglesia y de sus sacerdotes, pero entiendan que nada de cuanto hagan será á mansalva, porque jamas volvió ninguno armas contra Dios sin herirse con ellas mortalmente.

Las consecuencias bien funestas pero necesarias de aquellas hostilidades contra la Iglesia se dejan sentir de una manera palpable. Por todas partes se ve atada la acción saludable del poder eclesiástico; sin arbitrios la mayor parte de los obispos para ejecutar las mejoras que pide urgentemente la buena administración de sus

diócesis; faltos de enseñanza religiosa los jóvenes que se educaban en colegios que contaron con la protección de los miembros del gobierno; dispuestos á lanzarse en asonadas contra una autoridad cuyos derechos desconocen mil hombres sin idea de sus deberes religiosos ni sociales, y, en fin, la indiferencia religiosa, la ignorancia de nuestro gran destino, la mala fe y la corrupción que cunden por todas partes; hé ahí los frutos amarguísimos que ha traído á Méjico la persecución á la fe y esa lucha de medio siglo que sostiene la religion cristiana con las pasiones desbordadas de los que falsamente han querido llamarse liberales. En una reaccion está el único elemento que podría salvar á Méjico del abismo á que lo han conducido mil causas unidas para labrar su ruina; pero no se crea que hablamos de una reaccion política realizada por un partido armado para destruir á su contrario, ni tampoco de una reaccion que encienda nuevos odios y despierte nuevos intereses, sino de una reaccion pacífica que tenga su apoyo en la conciencia de los buenos mas bien que en las bayonetas de los soldados. Hablamos de la reaccion religiosa que con el amor al orden inspira en los ciudadanos sujecion á las leyes, hábitos de trabajo y aborrecimiento á los vicios.

Mas esta reaccion salvadora no puede iniciarse sino inspirando al pueblo esa fe que la produce naturalmente. Los trabajos de una administracion inteligente, dirigidos á propagar el principio religioso entre esas masas que hoy vemos sumidas en vergonzosa ignorancia, la iniciarian é iniciarian al mismo tiempo la regeneracion de Méjico.

Este no podrá jamas constituirse entregado á hombres llenos de preocupaciones de otro siglo, sin patriotismo, sin abnegacion, sin amor á la gloria nacional, instrumentos y juguetes á la vez de una nacion ambiciosa y codiciosos de riquezas que ni adquirieron con su industria ni heredaron de sus mayores. Hombres de este carácter son los que han llevado al país mas rico y mas opulento de la América á la indigencia y á la miseria, lo han sumido en la anarquía, y, lo que es peor, pervertieron la fe en una parte del pueblo con ejemplos funestos recibidos de la autoridad.

El clero está llamado á tomar una parte muy importante y muy activa en aquel trabajo, acercándose mas y mas al pueblo; pero no como el hombre que espera recibir algo, sino como el encargado de distribuirle tesoros infinitamente mas preciosos que cuantos produce la tierra. Los deberes parroquiales desempeñados con exactitud, el ministerio sacerdotal cumplido con celo, y la influencia que conceden la dignidad y las ocupaciones propias del ministro de Dios, ¿qué campo tan vasto no ofrecen para ejercer una accion benéfica entre los ciudadanos? Frecuentemente han dicho en Méjico los enemigos del clero que este « pone su autoridad al servicio de los negocios políticos, y que mientras descuida los deberes de su ministerio, fragua maquinaciones contra el gobierno y hace sentir en asonadas la influencia que debería emplear en llevar las almas al cielo. » Esta inculpacion es innecesaria, y, sin embargo, la prensa protestante de los Estados Unidos la ha repetido hasta el fastidio con desdoro del clero mejicano. Si la generalidad

de los sacerdotes se mostrase mas celosa, esas invectivas, sin hacer mella en persona alguna imparcial y sensata, se perderian como las chispas desprendidas del fuego en la inmensidad del espacio.

La actividad y la ciencia son dos caracteres que, principalmente en la época actual, deben distinguir al sacerdote católico. La actividad, poniéndole en contacto con todas las personas, llevándole á todos los lugares y haciéndole intervenir en todos los negocios que están en armonía con su carácter, le hacen, por decirlo así, el centro de cuantas personas están encomendadas á su cuidado, el depositario de todos sus secretos y su consejero nato, sabio y desinteresado. La ciencia le coloca al nivel de los conocimientos del siglo, le abre camino para hacerse oír con respeto en las asociaciones que están llamadas por su objeto á ejercer una influencia verdadera en la república, y da á su voz la firmeza y la energía que acompañan al que conociendo la verdad la defiende con íntimo convencimiento de su conciencia.

Sin actividad la ciencia será un tesoro en el sacerdote, pero un tesoro cuya circulacion es muy escasa y por lo mismo su provecho tambien muy reducido. Por otra parte, la actividad sin ciencia puede ser nociva y comprometer la dignidad del ministerio sagrado en muchas ocasiones. Una educacion esmerada generalizaria en el clero estas dos cualidades que realzarian infinitamente el mérito de las virtudes, alma del sacerdote católico. La apatía y la ignorancia son el gérmen de sus males y el origen de su decadencia en algunos países. La revolucion cerró en Méjico muchos seminarios arrebatándoles

sus medios de subsistencia, y los candidatos para la ordenacion no pudieron prepararse en algunas ocasiones tanto como era de desear. La urgencia con que los pueblos pedian párrocos y las iglesias ministros, obligó á los obispos á imponer sus manos sobre individuos que quizá en otras circunstancias no habrian ascendido al elevado honor del sacerdocio. Esto ha sido un mal, pero uno de esos males que á veces suelen llamarse inevitables, porque, aun cuando no lo sean en efecto, es muy difícil conocer los medios que habrian de adoptarse para evitarlos. Las vacantes de los obispados, prolongadas por los gobiernos, y la ingerencia de estos hasta en los actos mas triviales del poder eclesiástico, fueron otras tantas causas que ocasionaron tambien aquel grave mal.

A pesar de esa guerra civil encarnizada que durante medio siglo ha devastado el territorio mejicano, los obispos se han esforzado por sostener en sus diócesis la enseñanza y la educacion preparatoria para el sacerdocio. La revolucion habia acabado con todo en lugares que fueron en otro tiempo florecientes; no respetó ni colegios, ni maestros, ni estudiantes, ni nada de cuanto contribuye para formar dignos ministros de Dios. Hombres de fe grande y de corazon generoso en toda la extension de la palabra, acometieron la empresa difícil de restablecer los preciosos planteles destinados á proveer las iglesias de ministros dignos. Propagarlos en proporcion suficiente á las necesidades de los obispados, inspirar en ellos el espíritu verdaderamente eclesiástico, arreglar su disciplina á las prescripciones de la Iglesia y velar con suma vigilancia la vocacion de sus

jóvenes levitas, es hoy uno de los cuidados preferentes de su cargo pastoral. Las hondas llagas que abrió en toda la América la revolucion política no podrán seguramente curarse en poco tiempo; mas no es por eso ménos cierto que el celo, la caridad, el fervor apostólico y la ciencia que deben distinguir á los ministros de la religion, son el bálsamo destinado á cicatrizarlas.

La union católica que hace al santuario impenetrable á los tiros de sus enemigos; la sumision á la voz augusta del que es centro del catolicismo, y la obediencia pronta de todas sus disposiciones sin réplica, sin excusas, sin subterfugios de ningun género y mucho ménos sin provocar cuestiones, es otro de los grandes objetos á que los obispos mejicanos aplicaron su cuidado. La division es siempre funesta y en negocios espirituales produce la ruina del que se divide. Las ideas y las prácticas católicas sostienen los reinos y las repúblicas en sus grandes adversidades. Un Estado donde los principios católicos no hubieran dominado, sometido á la tan larga como dolorosa prueba que ha sufrido Méjico, habria sucumbido necesariamente, anegado en su inmensa adversidad. Mas la conciencia y los principios católicos salvan á los pueblos que los profesan en su decadencia y en sus desgracias, inspirándoles resignacion y valor así como en su grandeza y prosperidad les inspiraron prudencia y rectitud. Por eso las naciones católicas no mueren; las podremos ver caidas, abatidas, extenuadas sus fuerzas y casi exánimes, pero conservan en su seno las fuerzas vitales y se levantarán de nuevo jóvenes y

vigorosas, porque no han muerto miéntras las inspire aquel espíritu inmortal.

Toda cuestion que afecte la unidad católica debe evitarse, como perjudicial á los intereses del catolicismo, porque todo lo que divide debilita, y la debilidad es precursora de la muerte tanto para el cuerpo fisico como para los cuerpos morales. Estas ideas, inculcadas en la juventud por los eclesiásticos y por todos los que aman el órden, contribuirán á la reaccion que debe operarse para levantar á la infeliz República Mejjicana del fango en que la han sumido la anarquía, la guerra civil y todos los males que la acompañan.

